

Simplemente santos

Carmelo Pellegrino

PROMOTOR DE LA FE

CONGREGACIÓN DE LAS CAUSAS DE LOS SANTOS

ROMA

RESUMEN El pontificado del papa Francisco tiene una tendencia a concentrarse en lo esencial y un elemento esencial para la vida y la misión de la Iglesia es la santidad. El artículo recorre de un extremo al otro la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, para extraer los elementos esenciales por los que el Papa, de una manera sencilla, invita al conjunto del Pueblo cristiano a transitar por el camino de santidad que Cristo ha abierto en su encarnación. Ciertamente, todo bautizado está llamado a recorrer su propio camino en el proceso de acoger la gracia divina y poder identificarse personalmente con Cristo.

PALABRAS CLAVE *Gaudete et exsultate*, Francisco, santidad popular, felicidad.

SUMMARY *The pontificate of pope Francis has a tendency to concentrate on the essential and an essential element for the life and mission of the Church is holiness. The article runs from one extreme to the other the apostolic exhortation Gaudete et exsultate, to extract the essential elements by which the Pope, in a simple way, invites the whole of the Christian People to walk along the path of holiness that Christ has opened in his incarnation. Certainly, every baptized person is called to walk his own way in the process of accepting divine grace and being able to identify himself personally with Christ.*

KEYWORDS *Gaudete et exsultate, Francis, popular holiness, happiness*

En un mundo cada vez más complejo, la Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate* del papa Francisco simplifica el camino hacia la santidad. El Papa tutea al lector y usa frases accesibles, como esta: “El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados”

(n. 1). Describe comportamientos que explican la santidad y sus opuestos¹. El primado de Cristo es la clave de la Exhortación. En efecto, cuando la Iglesia canoniza a uno de sus hijos, no exalta la obra de las manos del hombre, sino que celebra a Cristo vivo en él. Mientras que los héroes de este mundo muestran aquello que el hombre sabe hacer, el santo muestra lo que Dios sabe hacer. Esta es por tanto la utilidad de este sapiente *vademécum* para todo cristiano en camino hacia el Cielo.

I. SANTIDAD POPULAR

La llamada a la santidad es una de las apelaciones divinas más recurrentes. En la historia de la salvación aparecen muchos testigos de la santidad, incluidas madres y abuelas (2 Tm 1,5). En efecto, además de aquellos reconocidos por los signos heroicos de su existencia (n. 5), existen numerosos “santos de la puerta de al lado” (nn. 6-9). La santidad es popular: florece entre padres que crían con tanto amor a sus hijos, en quien trabaja para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En la constancia para seguir adelante día tras día se ve la “clase media de la santidad” (n. 7). El Papa alaba el “genio femenino” de las santas (n. 12), pero recuerda que estos modelos podrían aparecer inalcanzables. En realidad, son útiles para motivarnos, no para copiarlos; eso podría incluso alejarnos del camino específico que el Señor tiene reservado para nosotros. Lo que cuenta es que cada uno discierna su propio camino y haga emerger lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él. Hay que evitar desgastarse intentando imitar algo que no ha sido pensado para nosotros (n. 11). En esto se encuentra el encanto del “proyecto único e irrepetible” que Dios ha querido para cada uno desde la eternidad (n. 13). Se trata realmente de una meta para todos, no únicamente para sacerdotes y religiosas (n. 14). Cualquiera, ante la tentación de rendirse ante su propia fragilidad, podrá pedirle a Dios con confianza “el milagro” de ser mejor (n. 15). Tanto en los desafíos más grandes

1 En el mercado una señora renunciará a criticar y si en casa su hijo le pide hablar, aunque esté cansada, lo escuchará con afecto (cf. n. 16); sucede lo contrario cuando se cuenta algo sobre alguien difundiendo una versión más amplia y maliciosa (cf. n. 87).

como en las cosas ordinarias (n. 17), Cristo comparte con nosotros su propia vida resucitada. Dios ha elegido lo que en el mundo no es nada (1 Co 1,28): en nuestra carne débil se manifiesta “su poder en acción” (n. 18). De hecho, la santidad es morir y resucitar constantemente con Cristo (n. 20), su medida está dada “por la estatura que Cristo alcanza en nosotros” (n. 21)². Por eso, la santidad es ante todo una coincidencia con el amor misericordioso de Jesús.

II. LOS DEFECTOS DE LOS SANTOS, ¡SANTOS DEFECTOS!

Sin embargo, los santos no son marcianos. Tienen sus defectos, ¡los cuales también son santos! Incluso los santos se pelean, ¡pero se pelean como santos! Frente a sus propios defectos y en medio de las contradicciones, el santo siempre tiene como objetivo la prioridad de Cristo. Incluso la propia fragilidad, siempre puesta en relación con Jesús, se convierte en una ocasión para la humildad y la santificación. Incluso las controversias, en relación con Cristo, se convierten en un ejercicio de paciencia, perdón y arrepentimiento. La respuesta a la gracia es “caminar”: los primeros cristianos serán conocidos como los del “Camino” (Hch 9,2), el suyo es un crecimiento gradual en la fidelidad. La ejemplaridad puede conocer la fragilidad de las vasijas de arcilla (2 Co 4,7-15) en la configuración progresiva a Cristo también a través de incertidumbres, como el desconcierto de Pedro o las incomprensiones de los apóstoles. Por eso, el Papa enseña que “no todo lo que dice un santo es

2 Concretamente, el Santo reniega de sí mismo y carga cada día con su cruz (Lc 9,23). San Pablo declara: “Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Ga 2,19b-20). En la vida cotidiana, el sufrimiento asociado a Cristo realiza la transformación del mal en bien: “nos insultan y les deseamos bendiciones; nos persiguen y aguantamos; nos calumnian y respondemos con buenos modos” (1 Co 4,12-13). En el NT esta caridad se encuentra en el vértice de las listas de las virtudes (Ef 4,32-5,2). San Pablo confirma que no son las obras de la Ley las que justifican sino la fe en Cristo (Ga 2,16), mostrando una diferencia respecto al sistema legal judaico. Se trata de la fe pascual en el Hijo de Dios quien ha amado a todo hombre entregándose a sí mismo a la muerte. La fe cristiana es agapica, es decir, transmite lo que recibe de Cristo: ella “actúa por el amor” (Ga 5,6). Por tanto, los cristianos, liberados del yugo de la ley, no entran en un estado de anomia sino en la ley del amor (Rm 13,8-10), en el ser “esclavos unos de otros” (Ga 5,13). Rechazadas las obras de la carne, viven el fruto del Espíritu, es decir, el amor con sus declinaciones: “alegría paz paciencia...” (Ga 5,22). En las relaciones, el fiel se guiará por las connotaciones del amor cristiano, que “es paciente, es benigno; no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita... Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Co 13,4-7).

plenamente fiel al Evangelio, no todo lo que hace es auténtico o perfecto. Lo que hay que contemplar es el conjunto de su vida, su camino entero de santificación, esa figura que refleja algo de Jesucristo” (n. 22). Lo que es fecundo en cada historia de santidad, pequeña o grande, es la recuperación de un espacio personal, a veces doloroso, en el cual dialogar sinceramente con Dios, para percibir de frente la propia verdad y dejarla invadir por el Señor. De esta manera, encontraremos las grandes motivaciones que nos impulsan a vivir a fondo nuestras tareas (n. 29)³.

III. SANTIDAD NO ES INTELECTUALISMO

El Papa advierte contra dos enemigos sutiles de la santidad: el gnosticismo (que exalta la inteligencia) y el pelagianismo (que absolutiza la voluntad). En ellos se expresa un “inmanentismo antropocéntrico disfrazado de verdad católica” (n. 35). Son formas de seguridad doctrinal o disciplinar que no están interesadas en Cristo ni en el prójimo.

El gnosticismo actual es “una mente sin Dios y sin carne”, incapaz de tocar la carne sufriente, a lo que prefiere “un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia, una Iglesia sin pueblo” (n. 37). Esto puede arraigar en todos, especialmente entre “los que en la Iglesia tienen la posibilidad de una formación más alta” (n. 45). La *parresia* del Pontífice alcanza aquí a uno de los vértices: los gnósticos son falsos profetas que confían en sus propias explicaciones y teorías, que someten a los otros a su razonamiento, que consideran que su propia visión de la realidad es la perfección, que domesticar el misterio de

3 “Los recursos de distracción que invaden la vida actual nos llevan a absolutizar el tiempo libre, utilizando sin límites esos dispositivos que nos brindan diversión efímera. Como consecuencia, es la propia misión la que se resiente, es el compromiso el que se debilita, es el servicio generoso el que comienza a reducirse. Eso desnaturaliza la experiencia espiritual. ¿Puede ser sano un fervor espiritual que conviva con una acedia en la acción evangelizadora o en el servicio a los otros” (n. 30); en los placeres satisfechos a una velocidad cada vez mayor no reina la alegría sino la insatisfacción de quien no sabe por qué motivo vive. “Nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante de la vida sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor” (n. 31). Por esto, el Papa exhorta: “No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría” (n. 32); es más, es “el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia”. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida no existe más que una tristeza: “la de no ser santos” (n. 34).

Dios y el misterio de la vida (n. 40) incapaces de reconocer al Señor presente incluso en las historias personales más infelices (n. 41). Quienes sueñan con una “doctrina monolítica defendida por todos sin matices” (n. 43) a menudo se ven afectados por “un cierto sentimiento de superioridad respecto a los demás fieles” (n. 45), lejos de la disposición que San Francisco de Asís recomendó a San Antonio de Padua mientras lo autorizaba a enseñar teología: “con tal que, en el estudio de la misma, no apagues el espíritu de oración y devoción” (n. 46). ¡Qué aburrido aquel pseudo-cristianismo engreído, que dispensa sentencias y se considera superior! El santo es humilde, se corrige continuamente y en los otros solo ve hermanos, aunque a veces deba amarlos como enemigos.

IV. SANTIDAD NO ES VOLUNTARISMO

Para los mecanismos pendulares de la historia, tras haber exagerado la importancia del conocimiento, se ha llegado a enfatizar los esfuerzos de la voluntad, permaneciendo siempre en lo humano y olvidando la primacía de Dios misericordioso (cf. n. 48). El Papa condena esta “voluntad sin humildad” (n. 49). Esa olvida que “en esta vida las fragilidades humanas no son sanadas completa y definitivamente por la gracia”, de lo contrario, uno pensaría que se entraría en la impecabilidad metafísica que evidentemente no nos pertenece. Todo procede de Dios, como escribe San Agustín: “Dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras” (n. 49). La gracia no nos hace superhombres de golpe, pero es favorecida por el reconocimiento sincero, sufrido y orante de nuestros defectos: de hecho, “si no advertimos nuestra realidad concreta y limitada, tampoco podremos ver los pasos reales y posibles que el Señor nos pide en cada momento, después de habernos capacitado y cautivado con su don” (n. 50). La santidad nace de estar humildemente con Dios, del caminar junto con Él, de reconocer su amor paterno abandonando el temor atávico de su presencia. Así desaparece la angustia de la soledad (cf. n. 51), porque si es cierto que Él mora en nosotros, es igualmente cierto que “nosotros habitamos en Él” y que “Él es nuestro templo” (n. 51). Por esto el Santo Padre, en línea con los pronunciamientos de los santos y de la Iglesia, recuerda a todos una enseñanza a menudo olvidada: “no somos justificados por nuestras obras o por nuestros esfuerzos, sino por la gracia del Señor que toma la iniciativa”

(n. 52). La amistad con Dios no se puede comprar con nuestras obras, sino que es un regalo gratuito. De hecho, los santos evitan la confianza excesiva en sus acciones (n. 54).

Esto no deja inactivos ya que la fe “actúa por el amor” (Ga 5,6; n. 60). Partiendo del don de Dios, por tanto, “podemos cooperar con nuestros esfuerzos”. ¿Cómo? “Se trata de ofrecernos a él que nos primerea, de entregarle nuestras capacidades, nuestro empeño, nuestra lucha contra el mal y nuestra creatividad, para que su don gratuito crezca y se desarrolle en nosotros” (n. 56). Los nuevos pelagianos, en cambio, someten la vida de la gracia a las estructuras humanas (normas, costumbres, estilos), por lo que es posible ver movimientos y comunidades que comienzan “con una intensa vida en el Espíritu, pero luego terminan fosilizados... o corruptos” (n. 58). Por tanto, los preceptos que se agregan al evangelio deben exigirse “con moderación” para no transformar “nuestra religión en una esclavitud” (n. 59). Sobre todo porque el Señor ha colocado una jerarquía entre las verdades donde la caridad representa la cumbre, invitándonos a rastrear lo esencial en “dos rostros”, el del Padre y el del hermano, “o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos” (n. 61), ya que la plenitud de la Ley es la caridad (Rm 13.10).

V. FELICES DE AMAR

Si el segundo capítulo de la Exhortación indica qué impide la santidad, el tercer capítulo enseña qué es lo que la favorece. ¿Qué es la santidad? La santidad es, ante todo, hacer “lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas”, en el que se perfila su mismo rostro (n. 63). Por eso la palabra “feliz” o “bienaventurado” se convierte en sinónimo de “santo” (n. 64). Es un camino a contracorriente, que el Papa ilumina con comentarios penetrantes sobre cada una de las bienaventuranzas, y que concluye siempre con una oración sintética.

La pobreza de espíritu deja el espacio interior para que entre el Señor. El Papa la relaciona con la “santa indiferencia” ignaciana, que es “que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás” (n. 69). El mundo se pelea porque es el reino de la vanidad y del

orgullo (n. 70), pero viviendo de modo arrogante se termina a merced de la amargura y del cansancio (n. 71), mientras que la santidad es ver los defectos de los demás con mansedumbre, corrigiéndolos con dulzura y vigilar para que uno mismo no cometa el mismo error (Ga 6,1). Incluso la defensa de la fe no debe realizarse lanzándola como un arma contra la gente, sino con el espíritu de *anawim*, incluso a costa de ser tomado por tontos (n. 74). La santidad es entonces saber llorar con el que llora (Rm 12,15), mientras que el mundo prefiere ignorar el sufrimiento, cubrirlo o esconderlo (cf. n. 75): el Papa propone una hermosa oración para pedir el don de las lágrimas con el que muchos santos han reblandecido la dureza del corazón humano, llorando sus pecados y obteniendo su remisión (cf. n. 76, nota 70). El santo es bienaventurado porque experimenta el perdón perdonado, el santo es feliz porque sabe que es amado sin mérito. Es por eso que es feliz de amar a los demás, como Dios lo ama: gratuitamente. La necesidad primaria de hambre y de sed, para un santo, marca la búsqueda de justicia que puede ser sinónimo de fidelidad a la voluntad de Dios, pero “que se manifiesta especialmente en la justicia con los desamparados” (n. 79). Además, la perfección de la santidad coincide con la misericordia de quien sabe dar y perdonar (cf. n. 81). Una dedicación al hermano que brota de un corazón sincero más allá de las apariencias lo introduce en la visión de Dios (cf. n. 85). Luego, al tratar la bienaventuranza de los “artesanos de la paz”, el Papa define la difamación y la calumnia como un “acto terrorista”: sucede como cuando “se arroja la bomba, se destruye, y el atacante se queda feliz y tranquilo”. Muy diferente es la “nobleza de quien se acerca a conversar cara a cara, con serena sinceridad, pensando en el bien del otro” (n. 87, nota 73). Y si en algunos casos hubiesen dudas, en comunidad sobre lo que se debería hacer, el Papa recomienda el criterio paulino: “procuremos lo que favorece la paz” (Rm 14,19), porque “la unidad es superior al conflicto” (n. 88). Esto conduce a persecuciones: de hecho, en una “sociedad así, alienada, atrapada en una trama política, mediática, económica, cultural e incluso religiosa que impide un auténtico desarrollo humano y social, se vuelve difícil vivir las bienaventuranzas, llegando incluso a ser algo mal visto, sospechado, ridiculizado” (n. 91). Sin embargo, debe quedar claro: el Papa se refiere a las persecuciones inevitables, no a aquellas “que podamos ocasionarnos nosotros mismos”. De hecho, un santo no “se vuelve insoportable” (n. 93).

VI. FELICES DE SERVIR

Una síntesis maravillosa de estas disposiciones es el texto de Mateo 25,31-46 en el que Jesús enseña las obras de misericordia corporales. En este sentido, el Pontífice afirma firmemente: “Ante la contundencia de estos pedidos de Jesús es mi deber rogar a los cristianos que los acepten y reciban con sincera apertura, *‘sine glossa’*, es decir, sin comentario, sin elucubraciones y excusas que les quiten fuerza” (n. 97). De hecho, las ideologías a menudo conducen a dos errores opuestos: preferir una acción sin oración o elegir una espiritualidad sin compromiso social (cf. nn. 100-101). El mismo asunto tan actual de los migrantes representa una enseñanza constante de la Biblia: de hecho, “no se trata de un invento de un Papa o de un delirio pasajero” (n. 103). Por lo tanto, quien desee dar gloria a Dios “está llamado a obsesionarse, desgastarse y cansarse intentando vivir las obras de misericordia”, tal como había comprendido muy bien santa Teresa de Calcuta: “Sí, tengo muchas debilidades humanas, muchas miserias humanas [...]. Pero él baja y nos usa, a usted y a mí, para ser su amor y su compasión en el mundo, a pesar de nuestros pecados, a pesar de nuestras miserias y defectos. Él depende de nosotros para amar al mundo y demostrarle lo mucho que lo ama. Si nos ocupamos demasiado de nosotros mismos, no nos quedará tiempo para los demás” (n. 107).

VII. CINCO VÍAS

En el capítulo cuarto, el papa Francisco explica algunas características de la santidad en el mundo actual. Tras haber reafirmado el valor perenne de varios medios bien consolidados –la oración, los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, la ofrenda de sacrificios, las diversas formas de devoción, la dirección espiritual (n. 110)–, el Papa nos ayuda a superar muchas de las patologías actuales del espíritu –la ansiedad, la tristeza, la acedia, el individualismo y la espiritualidad sin Dios–, presentando “cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo” (n. 111). No se trata de las cinco vías tomistas de la existencia de Dios, pero ciertamente pueden ayudar a descubrirlo vivo y verdadero en su Iglesia.

La primera característica de la santidad es soportar las contrariedades y los defectos de los demás. Debo admitir que este es realmente el primer criterio que uso cuando examino la conducta de un candidato al honor de los altares. La diferencia entre la virtud heroica y la conducta común a menudo radica precisamente en la capacidad de vencer al “mal con el bien” (n. 113), porque el verdadero santo está profundamente convencido de que “si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” (Rm 8,31). El amor de Dios es el principio de su alta autoestima. Así, Jesús, si bien aprueba la alegría de los apóstoles por sus éxitos pastorales, los reconduce a la verdadera fuente de la felicidad: “estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo” (Lc 10,20). El santo es siempre muy humilde, pero también sabe que el Señor lo ama mucho, y por esto está constantemente feliz. Además, apoyándose en Dios, sabe ser fiel frente a los hermanos (n. 112). Por eso, cuando las tribulaciones lo oprimen, recurre a la súplica que lo pone de nuevo en manos de Dios, cerca de la fuente de la paz (n. 114). Hoy la santidad significa evitar cualquier violencia verbal, especialmente en las redes en la que se dicen “cosas que no serían tolerables en la vida pública” (n. 115). El santo no se permite lloriqueos ni desahogos: “no gasta sus energías lamentando los errores ajenos, es capaz de hacer silencio ante los defectos de sus hermanos y evita la violencia verbal que arrasa y maltrata, porque no se cree digno de ser duro con los demás” (n. 116), considerándolos “superiores a uno mismo” (Flp 2,3). La santidad implica una descentralización radical, como lo recuerda San Juan de la Cruz: “Gozándote del bien de los otros como de ti mismo, y queriendo que los pongan a ellos delante de ti en todas las cosas, y esto con verdadero corazón. De esta manera vencerás el mal con el bien y echarás lejos al demonio y traerás alegría de corazón. Procura ejercitarlo más con los que menos te caen en gracia. Y sabe que si no ejercitas esto, no llegarás a la verdadera caridad ni aprovecharás en ella” (n. 117).

Una condición previa necesaria para alcanzar esta meta es la humildad, que solo puede enraizarse a través de las humillaciones. El Papa no hace concesiones: sin humillaciones “no hay humildad ni santidad”, precisamente porque éstas llevan “a asemejarse a Jesús” (n. 118). El Papa también se refiere a las “humillaciones cotidianas” de aquellos que sufren mortificaciones por sus familias o evitan hablar bien de sí mismos y alaban a los demás, o eligen los encargos menos brillantes e incluso prefieren soportar algo injusto para ofrecerlo al Señor: “En cambio, que aguantéis cuando sufrís por hacer el bien,

eso es una gracia de parte de Dios” (1 P 2,20). La santidad, por lo tanto, es todo menos “caminar con la cabeza baja, hablar poco o escapar de la sociedad” (n. 119), sino que supone un corazón pacificado por Cristo y libre “de esa agresividad que brota de un yo demasiado grande” (n. 121).

VIII. NO HAY SANTO SIN CRUZ

En pocas palabras, no hay santo sin cruz. En efecto, no hay conversión sin dolor, no hay parto sin sangre, no hay liberación sin corte, no hay novedad sin pérdida. El Viernes Santo la Iglesia proclama la Pasión y realiza la Adoración de la Cruz. En este preciso momento, el objetivo de la adoración parece no ser el Crucifijo sino el patíbulo: se besa esa extraña Sabiduría de Dios. Cuando la cruz toca la vida, los ídolos se desenmascaran repentinamente: la estima de los demás no sirve para nada, el dinero revela su escaso valor, la estética no es nada. Cuando llega la cruz, te das cuenta de quien entre los que te rodean es un amigo y quién es un oportunista. Solo debajo de la bofetada de la cruz ves lo que se mantiene, lo que no puedes abandonar. Sabe amar solo quien no rechaza la cruz. Es arriesgado casarse con una mujer que rechaza la cruz: pronto no te amará, porque en breve serás una cruz para ella. En resumen, la harás sufrir porque sois diferentes, pero el amor se da solo en la diversidad, en el encuentro entre las diferencias. Jesús para amarnos al máximo ha tenido que cargar con nuestros pecados. Yo le he dado la cruz. Cuando la vida me presenta la cruz, es mi oportunidad para crecer, es el momento en que se convierte en adultos, la ocasión en que se aprende a amar. Solo una cruz verifica si la conversión es verdadera y no aparente. San Pío de Pietrelcina escribió: “Bajo la cruz se aprende a amar” (Ep.I, p.339). Besar la cruz –el Viernes Santo y cada santo día del año– es besar la propia vida, abrazar la voluntad de Dios, confiar en la salvación de Cristo. Todos los problemas que puedas resolver, resuélvelos. Pero sobre todo los que no puedes resolver se llaman cruz y te resuelven a ti.

IX. ALEGRÍA Y CORAJE

La segunda manifestación de la santidad, hoy más que nunca, es el humor, porque al amor “le sigue necesariamente el gozo” (n. 122) que supera los “tiempos de la cruz” (n. 124) con la certeza de ser infinitamente amados (n. 125). No es, evidentemente, la alegría consumista que goza con el tener, sino la “que se vive en comunión, que se comparte y se reparte” (n. 128). Nuestra recurrente tristeza a menudo está vinculada a la ingratitud, al estar encerrados en nosotros mismos, hasta el punto que “uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios” (n. 126). Él “nos quiere positivos, agradecidos y no demasiado complicados”, por lo que “en todo caso, hay que mantener un espíritu flexible” (n. 127).

Cristo da alegría, por lo tanto, porque también te libera del miedo y te hace ser valiente. De hecho, la tercera expresión de la santidad es la *parresia*, es decir, la audacia, el empuje evangelizador, el entusiasmo, el hablar con libertad, el fervor apostólico (cf. n. 129). No se trata de ignorar la propia fragilidad, sino de permitir que Jesús la tome en sus manos y nos lance a la misión (cf. n. 130). Necesitamos del Espíritu “para no ser paralizados por el miedo y el cálculo”, porque lo que permanece cerrado termina oliendo a humedad “y enfermándonos” (n. 133). Cuando los apóstoles fueron tentados por la parálisis de los temores y de los peligros, comenzaron a orar juntos pidiendo la *parresia*; “al terminar la oración, tembló el lugar donde estaban reunidos; los llenó a todos el Espíritu Santo, y predicaban con valentía la palabra de Dios (Hch 4,31)” (n. 133). Nosotros, en cambio, nos parecemos más al profeta Jonás, huyendo en el individualismo, en el espiritualismo, en las dependencias de esquemas preestablecidos, en la nostalgia y en el pesimismo (cf. n. 134). Aquí el Papa exclama con extrema fuerza: “¡Dios no tiene miedo! ¡No tiene miedo! Él va siempre más allá de nuestros esquemas y no le teme a las periferias” (n. 135). Encontraremos a Jesús, por lo tanto, desafiando las periferias, ya que Él nos precede en los corazones heridos y oprimidos. Necesitamos desafiar nuestros hábitos, abrir nuestros ojos, nuestros oídos y nuestros corazones, dejarnos conmover por lo que sucede y “por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado” (n. 137).

X. RUIDO Y SILENCIO

El cuarto instrumento es la comunidad, ya que la santificación es un camino comunitario, que se realiza de dos en dos. Al recordar comunidades enteras que han sido santificadas juntas, el papa Francisco recuerda el reciente testimonio de los monjes de Tibhirine (Argelia) “que se prepararon junto para el martirio” (n. 141). En la relación con el hermano se aprende a preservar “los pequeños detalles del amor” y a cuidarse “unos a otros” (n. 145). La santidad es un trabajo de grupo, se alimenta del “ruido” comunitario, se construye como un equipo ganador. Por tanto, nadie se hace santo solo. Pero todos debemos aprender a estar solos y callados, para volver a entrar en nosotros mismos y escuchar a Jesús.

De hecho, el quinto signo - real en cada época - es la oración constante y confiada, con la cual “se hacen callar todos los rumores para escuchar la suave voz del Señor que resuena en el silencio” (n. 149). Hay que detenerse con el Maestro, aprender siempre de Él, porque “si no escuchamos, todas nuestras palabras serán únicamente ruidos que no sirven para nada” (n. 150). Por esto, el Santo Padre pregunta: “¿hay momentos en los que te pones en su presencia en silencio, permaneces con él sin prisas, y te dejas mirar por él? ¿Dejas que su fuego inflame tu corazón?” (n. 151). El flujo de la oración no nos aliena, sino que nos coloca adecuadamente en el corazón de la realidad y de la historia (cf. n. 153). El Papa recuerda al “peregrino ruso” que, al encontrarse con personas mientras estaba inmerso en una oración continua, le parecían tan amables como si fueran de su familia (cf. n. 152). Importante es la oración de súplica, especialmente la de intercesión (cf. 2 M 15,14); por lo tanto, es necesario liberarse definitivamente de los “prejuicios espiritualistas” según los cuales “la oración debería ser una pura contemplación de Dios” (n. 154). Pero la oración también es alabanza festiva (n. 155), lectura orante de la Palabra de Dios (n. 156) y Eucaristía (n. 157).

XI. UNA BÚSQUEDA DEL TESORO

¿Hacia dónde se dirige este recogimiento? Junto al lago Tiberíades, en Mt 13, Jesús está ante una multitud, sentado en la orilla del mar. No se dice

que fue a predicar, sino que contemplaba la naturaleza. Cualquiera que haya estado en el lago Tiberíades sabe que es un lugar sugerente. A la orilla del mar, en las Escrituras, está Israel que sale de Egipto en la noche pascual de la liberación. El mar es el límite al que solo Dios nos puede llevar: tormentas, diálogos, manifestaciones del poder de Cristo acontecen en el Evangelio junto al mar. Estamos en la orilla de algo grande, de algo que debe cruzarse y que se convertirá en la misión: *¡duc in altum!* En Mt 13 hay tanta gente que se reúne alrededor que Jesús tiene que subirse a la barca para distanciarse de la multitud. De hecho, la escucha exige un poco de distancia del caos cotidiano. Si estoy demasiado confundido con las tareas diarias, no percibo la diferencia.

Aquí hay una multitud, una masa compacta de personas en la que uno puede perder su identidad, no se tiene una relación real y se convierte en un acto colectivo. Esta es también la razón por la que Jesús les habla en parábolas. A menudo se piensa que la parábola es una comunicación más accesible, pero no es cierto. En realidad, bajo la aparente linealidad de una analogía, oculta un sentido que no es tan claro. Cuando Jesús termina de contar la parábola, en Mt 13,10, los discípulos se acercan y preguntan. Por eso, en Mt 13,18, Jesús les explica el significado de la parábola. En otras palabras: nadie ha entendido, ni siquiera los discípulos, pero mientras la multitud permanece inerte, los discípulos sienten la necesidad de una explicación y preguntan. Jesús dirá: dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen, y, después de citar Isaías 8, finalmente explica la parábola. En resumen, parece que Jesús ocultó intencionalmente su mensaje. Este aspecto no es fácil de entender, porque a menudo imaginamos a Jesús siempre cercano. Pero los Evangelios nos llevan a la vida nueva y, con parábolas, nos colocan ante una decisión. Tengo que decidir qué importancia tiene quien me está hablando. Si no es importante, simplemente quiero concluir rápidamente la relación y no busco una explicación. Los discípulos son “bienaventurados” porque han decidido no perder el mensaje de Jesús, han decidido que Jesús es importante para ellos. En el fondo, lo que importa es decidir siempre si es importante aquel que habla.

Juan Pablo II en una homilía de julio de 1993 explica que hablar en parábolas es algo típico de Dios⁴. Cada fragmento de nuestra vida cotidiana

4 “En realidad, la creación misma es como *una gran parábola*. Cuanto existe – el cosmos, la tierra, los vivientes, el hombre – ¿no constituye quizá una sola, inmensa parábola? ¿Y quién es el Autor, si no Dios Padre, con quien Jesús dialoga en el silencio de la naturaleza? Jesús habla en parábolas porque este es el *“estilo” de Dios*. El Hijo unigénito tiene el mismo

es una parábola, que a menudo no entiendo, pero puedo pedir una explicación a Jesús. La creación misma es una parábola a través de la cual Dios se relaciona con nosotros. El Creador que está detrás de todo es bueno, es Padre, es providente. ¿Es posible que quien me ama tanto no quiera hablarme al corazón? Él ha elegido hablar a mi corazón a través de la analogía de la realidad: manteniendo un mensaje que no está disponible de inmediato, sino que se comunica a través de las cosas. Jesús se sienta ante el panorama, es un maestro en saber mirar las cosas como Hombre y Redentor. Lo que me sucede esconde una palabra de Dios, pero esa palabra no es clara de inmediato. ¿Por qué quiere Dios esta “búsqueda del tesoro”? Porque ninguna relación de amor puede prescindir de la libertad. Dios no nos impone su palabra, nunca nos obligará a creer y amar. El amor auténtico deja al otro libre para renunciar. La realidad “parabólica” indica el camino de crecimiento en el ejercicio de nuestra libertad. Debemos aceptar que nos relacionamos con Dios en un contexto de elección, de apertura. El mundo de las cosas que nos suceden es una palabra de Dios para nosotros, pero Dios no nos impone que entendamos su significado. Debemos hacer un camino de apertura libre hacia Él: “¡No te suelto hasta que me lo expliques!” Esto es lo que sucede en la vida: me suceden cosas y quiero entender el porqué, quiero comprender lo que Dios quiere decirme a través de las alegrías, las dificultades y las negaciones. Esto me parece tortuoso porque prefiero que las cosas se me den claras y distintas. Preferimos un camino no adulto, sin procesos de maceración y maduración interior. En otras palabras: amamos las dictaduras, los mandatos obligatorios. Dios en cambio

modo de hacer y de hablar que el Padre celeste. Quien ve a Él ve al Padre (cf. Jn 14,9), quien lo escucha a Él escucha al Padre. Y esto concierne no solo a los contenidos sino también a los modos; no solo lo que Él dice, sino también el cómo lo dice. Sí, el “cómo” es importante, porque manifiesta *la intención* profunda de quien habla. Si la relación pretende ser *dialógica*, el modo de hablar debe respetar e promover *la libertad del interlocutor*. Esta es la razón por la cual el Señor habla en parábolas: porque quien escuche sea libre de acoger su mensaje; libre no solo de escucharlo, sino sobre todo de comprenderlo, de interpretarlo y de reconocer la intención de Aquél que habla. Dios se dirige al hombre de modo que sea posible encontrarlo en la libertad. La creación es, por decirlo de algún modo, *el gran relato divino*. El significado profundo de este *maravilloso libro de la creación*, con todo, habría quedado para nosotros difícilmente descifrable, si Jesús—Verbo hecho hombre—no hubiese venido a “explicárnoslo”, haciendo que nuestros ojos sean capaces de reconocer más fácilmente en las criaturas la impronta del Creador. Jesús es la Palabra que custodia el significado de todo cuanto existe. Es *el Verbo en el que reposa el “nombre” de todas las cosas*, desde la partícula infinitesimal a las inmensas galaxias. Él mismo es por tanto *la “Parábola”* llena de gracia y de verdad (cf. Jn 1,14), con la cual el Padre se revela a sí mismo y a su voluntad, su misterioso diseño de amor y el sentido último de la historia (cf. Ef 1,9-10). En Jesús, Dios nos ha dicho *todo aquello que tenía que decirnos* (JUAN PABLO II, *Homilía*, [11-VII-1993]).

ama nuestra libertad. El arte de escuchar es el arte de entablar una relación con el otro, ante todo con Dios. Aún más importante que entender lo que dice, es comprender quién es Dios para mí, cuánto me importa Él, cuánto es central en mi vida. No se puede vivir sin una relación con Él, sin la fatiga y el peso de una relación que escruta el corazón, que me pone en aprietos y me empuja a crecer. Jesús habla en parábolas porque debemos crecer, porque para entenderlo debo cuestionarme y realmente quiero la comunión con Él.

XII. LUCHA VIGILANTE Y SABIA

Finalmente, en el capítulo quinto de la Exhortación, el papa Francisco nos libera de la espontaneidad difundida incluso en ciertas corrientes de espiritualidad, que desearían todo natural para el camino del creyente. En realidad, los santos de todos los tiempos han enseñado, con un sano realismo, que la vida cristiana es un *combate* permanente. Éste debe ser guiado en la *vigilancia* orante del centinela y requiere *discernimiento*. Otro mito moderno que el papa Francisco logra desacreditar es la moda *snob* que subestima o incluso niega la acción del demonio en la vida de los hombres. El enemigo de la salvación no es solo el mundo o la propia fragilidad, sino sobre todo el diablo. No es “un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea” (n. 161), sino “un ser personal que nos acosa” (n. 160). La misma expresión que cierra el Padre Nuestro que Jesús nos enseñó “no se refiere al mal en abstracto” (n. 160), sino que en su traducción más precisa, pide a Dios que nos libere del “Maligno”. Sin embargo, a pesar de todo, esta lucha es “muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida” (n. 158), rechazando los “bienes envenenados” del adversario (n. 162). Por otro lado, al ignorar el aspecto combativo de la vida cristiana, uno se expone al fracaso o la mediocridad.

Esta lucha pacífica puede incluso exponer al martirio. El poder de las tinieblas odia al Hijo de Dios (Lc 22,3.53), no una idea o cualquier enemigo. La Mujer del Apocalipsis perseguida por el dragón infernal evoca a la Iglesia en el sufrimiento por la Pasión que genera al Resucitado. Le pertenecen aquellos que han vencido al Acusador gracias a la sangre del Cordero y a su “testimonio” hasta la efusión de la sangre (Ap 12,11; cf. 6,9; 7,14; 11,7; 20,4).

Suena desagradable pero cada vez más actual: el martirio habla de odio además de amor. La teología del papa Francisco sobre el asesinato del padre Jacques Hamel es verdaderamente lúcida: “Este es el hilo satánico de la persecución... un hombre de hermandad, no perdió la lucidez de acusar y decir claramente el nombre del asesino, y dijo claramente: ‘¡Vete, Satanás!’ Dio su vida por nosotros, dio su vida por no negar a Jesús. Dio la vida en el mismo sacrificio de Jesús sobre el altar y desde allí acusó al autor de la persecución: ‘¡Vete, Satanás!’” (14-4- 2016). Desenmascarando al verdadero enemigo, la profecía y el amor vencen al mal, como en la cruz (Lc 23,34)⁵.

Sin embargo, en la vida ordinaria el martirio se produce “a fuego lento”, en el amor fiel y en la vigilancia. Esa evita el adormecimiento de los corazones tibios que encaminan hacia la corrupción (n. 164). Esto también vale para aquellos que creen que no tienen grandes pecados o para quienes creen que los han superado. Jesús habla de “una persona liberada del demonio que, pensando que su vida ya estaba limpia, terminó poseída por otros siete espíritus malignos (cf. Lc 11,24-26)”, mientras que “otro texto bíblico utiliza una imagen fuerte: ‘El perro vuelve a su propio vómito’ (2 P 2,22; cf. Pr 26,11)” (n. 165). Por esto, el Papa pide a todos que hagan el examen de conciencia todos los días para prevenir la descomposición del corazón.

XIII. PARADOJA PASCUAL

Señalando la importancia del discernimiento para el camino de la santidad, el Pontífice señala que “la felicidad es paradójica y nos regala las mejores experiencias cuando aceptamos esa lógica misteriosa que no es de este mundo”, es decir, la lógica de la cruz, que no permite anestesiar la conciencia

5 Suena desagradable, pero es cada vez más actual: el auténtico martirio en la Iglesia además de hablar de amor, manifiesta un odio: *odium fidei*, aversión a Cristo, es decir, a la fe o a las virtudes asociadas. A nivel canónico, la experiencia demostrará que la frase de Jesús “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13) puede también realizarse, sin el ejercicio constante de virtudes extraordinarias y sin muerte *in odium fidei*, en la libre y voluntaria entrega ante la concreta perspectiva de la muerte. Es este el caso, por ejemplo, de quien ha querido atender enfermos contagiosos, muriendo por la epidemia. Por eso el papa Francesco en el 2017 firmó *Maiorem hac dilectionem*, introduciendo la entrega de la vida como un nuevo *iter* para la Canonización y favoreciendo el discernimiento del signo de Dios en una vivencia cristiana, sin constreñirla impropriamente en la vía de las virtudes o del martirio.

y abre generosamente al discernimiento (n. 174). Dios es fiel: lo pide todo, pero también lo da todo y no entra en nosotros para mutilarnos sino para dar plenitud. El discernimiento “no es un autoanálisis ensimismado”, sino una verdadera “salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos” (n. 175). Quizás también por esto la enseñanza del Santo Padre termina confiándose a María. En casi todas las historias auténticas de santidad que han florecido en la Iglesia, aparece el acompañamiento materno de la Virgen de Nazaret, normalmente invocada con la incesante súplica de quien reza la Corona del Rosario: “La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: ‘Dios te salve, María...’” (n. 176).

La felicidad de los santos es tan paradójica como la Pascua: canta la alegría y saborea el llanto, supone la gracia pero exige la lucha, se separa de los bienes y, sin embargo, se sumerge en la historia. Este texto es un espejo “sincero”: no engaña y, por lo tanto, no decepciona, indica el fin sin absolutizar los medios, discierne entre saberes y normas, pero pide luz a Dios. En el fondo, los santos son así: mendigos del Espíritu y carne de Cristo, artesanos de paz y guerreros con el único enemigo, corazón en el Cielo y pies en la tierra. Siguiendo este reflejo del amor pascual, evitaremos engaños y experimentaremos el gozo genuino del evangelio.

Tradujo: José J. Brosel Gavilá

